

na, y á los demas religiosos darlos ejemplo, y poner ánimo para sufrir dolores y trabajos, como nos le da el considerar lo que pasaron los santos, especialmente el santo Job; porque en la plaga de este bendito Hermano, no sólo se sacaba y limpiaba la materia que corria, sino la que estaba en lo más interior del cuerpo; ni raian las llagas con teja, sino cortaban la carne con navajas y otros penosos instrumentos; y siempre el H. Francisco estaba de un mismo semblante, bendiciendo al Señor.

Fué muy sentida su muerte, no sólo de los cristianos, sino de los mismos gentiles, que respetaban al H. Francisco como á hombre santísimo.

Hiciéronle en la iglesia de Santa Cruz en dos días honras, trayendo cantores y levantándole su túmulo con muchas candelas y buena ofrenda, excediendo áun en esto los gentiles á muchos cristianos antiguos.

Sacóse la relacion de esta vida de las Anuas de las Filipinas, y la escribió el P. Juan Bueras, Provincial de aquellas islas.

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO DE SAURA

I

LA rara perfeccion de vida del P. Diego de Saura, sus heróicas virtudes, su altísima contemplacion y las extraordinarias visitaciones que tuvo del cielo, merecieron que, como Sta. Brígida, Sta. Ángela de Fulgino, Santa Gertrudis, Sta. Hildegardis y Sta. Teresa de Jesus, ó inspiradas de Dios, ú obligadas por obediencia, escribieron sus vidas y los favores celestiales y divinas revelaciones que tuvieron; así tambien los Superiores obligasen á este siervo de Dios que diese por escrito los beneficios divinos que en su vida recibió, lo cual él hizo con gran humildad, llaneza y verdad; y así se sacará parte de su vida de lo que él escribió forzado de la obediencia.

Nació este bendito Padre en la isla de Menorca, á los principios de mayo del año de mil y quinientos y noventa y ocho.

Sus padres se llamaron Pedro de Saura é Isabel Vella, personas de cuenta en aquella tierra y de gran cristiandad.

Llamáronle en el bautismo Bartolomé; pero habiendo caido en su tierna edad en una enfermedad muy peligrosa, le encomendaron al glorioso S. Diego de Alcalá, que le alcanzó salud, y, reconociendo haberla recibido por su medio, desde entónces le pusieron su nombre, tomando el Santo al niño debajo su tutela y amparo. Pues corriendo despues una enfermedad de viruelas de que pocos de su edad se escapaban, y habiéndole á él dado con tanto rigor que ningun miembro de su cuerpo podia menear, si no es la cabeza; acudieron sus padres á los religiosos de S. Francisco, y pidiéndoles le aplicasen la reliquia del Santo, y habiéndolo hecho, reconoció tanta mejoría, que al punto meneó los brazos, pudiendo usar de ellos, hasta que gozó en breve de perfecta sanidad.

De esto, como de cosa milagrosa se hizo fe pública delante de escribano, bañando aquel día Dios su alma con tan singular consuelo, que le tenia muy grande toda la vida, siempre que se acordaba de aqueste favor y regalo.

Enseñáronle sus padres la devocion con la Santísima Vírgen, y él la tomó tan de veras, que todo era pensar en esta divina Señora, y procuró ser instrumento de que otros se hiciesen devotos suyos. Rezábala todos los días su rosario; el modo diré por su mismas palabras, que son estas:

«Eran mis meditaciones en Cristo nuestro Señor y su Santísima Madre, representándomelos así delante, como si realmente los viese; y postrado á sus pies, rezaba mi rosario con tanta paz y sosiego, sin divertirme un punto, tratando y hablando con Sus Majestades, como si realmente estuviesen presentes, y sintiendo los afectos de amor, deseo de servirles y de dulzura que en otros papeles escribí.»

«Otro modo tuve despues de oracion en el mismo rezo del rosario, en que tanto me embebecia en lo que miraba ó contemplaba, que con dificultad le podia rezar, y fué de esta manera: Luego que comenzaba el rosario, sin trabajo ni cansancio de cabeza, sino con mucha facilidad, se me representaba que subia al mismo cielo, y entrando en aquella corte de la gloria con grande contento, salíanme á recibir los santos niños con mucho gozo y muestras de alegría de verme por allí. Lo mismo hacian pasando yo adelante los santos ángeles de una y otra parte; tambien las vírgenes y santos mártires; y así como iban pasando, todos los demas santos hacian lo mismo con extrañas muestras de alegría, como dándome el parabien; pero yo nada me detenía: todas mis ansias eran de llegar á la Vírgen, y ponerme á sus pies, donde puesto, como perrillo que no sabia hablar, gozoso delante de tal Señora, le pedía que ella pidiese al Señor por mí; y así me estaba sin pensamiento de la tierra, que no habia de entrar allá, todo inflamado en el Señor. Duraba largo tiempo, por lo ménos siempre hora, etc.»

Movíanle entónces mucho á devocion las sagradas imágenes, en especial la de Jesucristo desnudo, con que su espíritu se afervorizaba, y encendia en deseos del desprecio de todas las cosas de la tierra.

Sucedióle siendo de seis años, que habiendo gran falta de agua en su tierra, su madre le dijo: «Anda hijo, que tú eres angelito, pide á Dios que nos dé agua.» Bajóse luego el niño á una huerta de su casa, cogió una piedra, y con ella comenzó á darse en los pechos encima de las carnes, diciendo: «Señor, danos agua,» hasta que Dios envió un poco de agua, señal que no se mostraba tan de piedra el corazon divino, que á los golpes de la que aquel inocente tenia en las manos no se ablandase su piedad, dando por prenda de ella aquel rocío, y al niño en tan poca edad no sólo ánimo para un acto tan devoto y tierno, cuanto riguroso y penitente, sino tambien luz para venerar aquella piedra en cierta manera como sagrada, pues no la dejó en el suelo, donde ántes la habia hallado, sino que, con advertencia superior á sus años, la guardó y puso en parte donde no la pisasen.

A los nueve años de su edad comenzó á recibir el Santísimo Sacramento, sintiendo gran consuelo el primer dia que gozó de este bien, continuándose siempre con la frecuencia ordinaria de todos los domingos y fiestas principales.

Comenzó los estudios de latinidad, en que necesitó poco ó nada de castigo, por su docilidad y buen ingenio, que mostró entónces en unas conclusiones públicas que tuvo de retórica delante del virrey, entrambos cabildos y lo lucido de Mallorca, donde ya residia, por haberle enviado sus padres á aquella ciudad para estudiar.

A los catorce años de su edad, hizo una confesion general de toda su vida, y en este tiempo le sucedió lo que dice por estas palabras:

«Un juéves, una hora ó media ántes de mediodia, estando yo en mi aposento en casa de mi hermano Sebastian, delante de una capillita que estaba cortada en la pared, en donde estaba un Crucifijo, y entre otras imágenes, una de la Virgen Santísima y Madre de Dios, estando en pié mirándolas, al punto sentí en mí un alboroto tan grande, que de pies á cabeza me pareció que estaba mi alma alborotada, y me revolvan y mudaban, y entendí que era el espíritu del Señor que hacia aquello; y así quedé muy mudado, de diferente condicion y afable, etc. Quedé de esta mutacion con muchos dones y deseos santos de guardar castidad toda mi vida y de entrar en religion.»

El mismo año hizo voto á la Santísima Virgen de perpétua limpieza; y para guardarlo mejor y disponerse á la religion, se ejercitaba con rigurosas penitencias, venciendo á la edad el fervor y la valentía de espíritu á la flaqueza de la carne; domaba la suya con ásperos silicios de cerdas y de esparto;

diciplinábase hasta derramar sangre, clavando alfileres en las disciplinas para más dolor; y aunque tenia cama bien compuesta, por encubrir su mucha penitencia á los compañeros que con él estaban, sacaba, estando ellos recogidos, una tabla, y poniéndola sobre el colchon dormia sobre ella.

Movió la fuerza de su ejemplo tanto á los de su casa, que todos se trocaron de suerte que, desde el dueño de ella hasta el menor criado, hacian frecuentes diciplinas, traian cilicio, comulgaban á menudo y totalmente se deterró de entre todos ellos el vicio de juramentos, maldiciones y malas palabras. Rezaban todos juntos por la noche la letanía de nuestra Señora, los juéves la del Santísimo Sacramento, y los domingos la del dulcísimo nombre de Jesus, con que parecia, no familia de seglares, sino convento de reformados religiosos.

Daba en este tiempo muchos ratos á la oracion; para tenerla con más quietud, se acostaba tarde, gastando algunas noches en ella tres horas sin distraccion ninguna. Levantábase para este efecto ántes de amanecer, tomaba un Crucifijo en las manos, y retirándose á lo secreto de algun aposento, por no ser sentido, se estaba en tierna meditacion del amoroso y lastimoso espectáculo que tenia delante, cuya quietud procuraba interrumpir el demonio, echando tierra y haciendo ruido donde estaba, siendo lugar á que ninguno de su casa acudia.

En volviendo de leccion, se subia á una torre; allí empleaba el tiempo en su estudio que interpolaba con la oracion ó leccion de vidas de Santos; y cuando bajaba, era para ayudar á los criados de su casa en los oficios más bajos y viles de ella, aderezando los aposentos, barriendo la caballeriza y limpiando los vasos inmundos, gastando lo restante del tiempo, si alguno le sobraba, en visitar los santuarios y reliquias insignes que hay en aquella ciudad.

Con tan buenos ejercicios le iba disponiendo Dios para lo que queria hacer de él, y habilitándole para nuevos favores; porque, teniendo costumbre de ir á visitar un milagroso Crucifijo que en la iglesia de S. Nicolás habia, le pidió con instancia por espacio de seis meses, le echase su bendicion; despues de los cuales sucedió que estando durmiendo una noche, le parecia hallarse en la dicha iglesia, presente al santo Cristo, que amorosa y benignamente se la echaba, quedando él con tan grandes júbilos (al fin prevenido con bendicion de dulzura) que no cabia de placer. A este favor atribuia despues haberle librado nuestro Señor en muchas ocasiones, que lo pudieron ser de que él cayese en ofensa suya.

Otra vez, no en sueños como la pasada sino despierto, vió á su santo ángel en traje de un hermosísimo mancebo, vestido de blanco, y tan lleno de resplandor, que no sólo bañaba de él el aposento, sino que las cortinas de la

misma cama en que estaba echado, con ser verdes, parecían blancas por un grande rato, que fué el que allí el ángel se detuvo, estando en pié á los pies de Diego, como quien le guardaba.

Casi en este mismo tiempo sucedió también lo que él cuenta así: «Otra vez, por aquellos tiempos en que hice la confesion general, estando durmiendo debajo de las sábanas, para que no me tocasen mis compañeros, una noche á media noche, allá muy tarde, de improviso me llamó y levantó en peso para sí una persona de grandísima claridad, con estas palabras: *Bartholomae, lege*. Traia en sus manos un libro cuadrado, todo escrito, abierto por medio, y echaba el libro de sí por todas partes rayos de resplandor. Cerca de la media plana de la mano derecha comenzaba un capítulo por una M., etc., y el título estaba escrito con dos renglones de letras coloradas; no pude leer cosa sino lo dicho. Era la persona anciana, la cabeza calva, y el cabello blanco, y el rostro todo lleno de resplandor, y parecióme entonces á S. Pedro Apóstol: las facciones del rostro no las pude divisar por el exceso de resplandor y claridad; entonces me pareció que era el que digo, cuando me levantó en peso para sí.

Ví juntamente á los que estaban á mi lado, durmiendo á sueño suelto, y todo el aposento lleno de claridad, y que con una virtud secreta aquella persona me levantaba, como el hierro es levantado de la piedra imán, sin tocarle la piedra.

Después, deseando saber quién fuese aquella persona, vino á mis manos una moneda de oro que estaba acuñada con la perfecta imagen de Cristo Nuestro Señor, el cual en sus manos tenia un libro de la misma forma y traza del que ví. Después advertí que una imagen de bulto de nuestro P. S. Ignacio tenia en su mano un libro, en la forma y escrito semejante casi en todo al que ví; pero nunca he visto imagen de algun Santo con que tuviese semejanza en el cabello y cabeza la persona que ví, fuera del Apóstol S. Pedro. Quedé con deseos de entrar en la Compañía, y de allí algunos meses la pedí.

No quedó él solo por testigo de lo dicho, sino también el dueño de la casa, que era hermano suyo, que asombrado con tanta luz, si bien vivia en aposento aparte, y una sala en medio; entendiéndolo se emprendia fuego, saltando de la cama hizo muy cuidadoso pesquisa de ella, por huir el peligro que á su parecer le amenazaba, hasta que vino á asegurarse con la vista; pero muy maravillado deseaba saber la causa, preguntándolo á otros. Entendiólo después Diego, y advirtiéndolo la conveniencia de tiempo y circunstancias, encubrió con humilde silencio lo que manifestado pudiera ocasionar en su alma algun pensamiento de vanidad.

Para librarle Dios de ella y ahondar más los cimientos del propio conoci-

miento en medio de favores tan grandes; estando haciendo oracion un día en el puesto en que solia dar gracias después de comulgar, y él puesto todo en Dios, le parecia un montecillo de polvo muy sutil, y que un pequeño gusanillo se revolcaba, con que le daban á entender la bajeza de su propio ser, y cuán poco se levantaria de la tierra quien en ella se revolvía, á no comunicarle con superior gracia, esfuerzo espiritual la divina mano.

Una noche en sueños le pareció estar en el mismo lugar, y que el Niño Jesus que estaba en el altar mayor en los brazos de su Santísima Madre, le llamaba y decia: *Bartholomae amice mi*, y con esto le tiró y levantó hasta sí, con que quedó tan llena de consuelo su alma, que le duró por muchos días.

II

Entra en la Compañía de Jesus

No pudieron ocultarse sus buenos propósitos de volver las espaldas al mundo, y hacer más perfecta entrega de sí mismo á Dios en la religion.

Llegaron á oídos de sus padres, y entendiéndolo que menos gusto ó menos buen tratamiento que su hermano le hiciese, causaban en el pecho de su hijo semejantes intentos, enviaron luego por él, con orden que llegasen á deshora, para que aún el tiempo de tomar consejo con su confesor le faltase.

Mas el devoto mancebo, con grande resolucion y brío despidió al mensajero, que tanto con más gusto se volvió, cuánto con más temor habia venido, por haber sentido en su corazón (como afirmaba él mismo) unas palabras que con mucha fuerza le decian: Traidor, ¿adónde vas á apartar un alma de Dios?

Vino después de algunos días su mismo padre, y procurando divertirle de sus intentos, determinó representarle la pena de su madre. Díjole también, cómo tenia concertado un buen casamiento con una señora de su ciudad, que le habia pedido por esposo; representóle juntamente lo mucho que le querian, y haberle de perder en cierta manera entrando en religion, y otras razones, que amor tan tierno en tal ocasion sabe enseñar.

Pero ántes que él las dijese, respondió á ellas Dios; porque diciéndole su hijo que el día siguiente habia sermón en el monasterio de las monjas de la Concepcion, y que le hacia un predicador de fama, que fuesen allá: condescendió el padre con su devota demanda, fueron al sermón, y, como si al predicador hubieran avisado de lo que el padre tenia pensado, deshizo todas aquellas razones con grande eficacia, contando un espantoso ejemplo, con que quedó temeroso y satisfecho el ánimo de su padre, é igualmente deseo-

so de que se hubiera hallado allí su madre, para que no le pusiera á él por tercero de procurar desquiciar á su hijo de los buenos propósitos que Dios le daba.

Al fin, como hombre prudente y cristiano, se volvió á su tierra, y Diego pasó adelante en la prosecucion de sus intentos: y pidiendo ser admitido en la Compañía, le dijo su confesor, que era de ella, comunicase sus deseos con los religiosos de S. Francisco, y que se pusiese indiferente para abrazar aquella religion é instituto, en que Dios le declarase habia de ser más servido.

Ejecutó sin dilacion el órden, porque ponian alas á los pies las inflamadas ansias del corazon. Habló á un religioso llamado Fr. Antonio de Portella, su deudo, que le dijo pidiese por favor á su Seráfico P. S. Francisco se le declarase por su medio la voluntad divina, para que él la pusiese por obra; y nuestro Diego, tan lleno de sencillez, cuanto de fe y piedad, propuso con gran afecto al Santo su demanda.

La noche siguiente, estando acostado, vió con los ojos del alma al glorioso Santo en el aire, vestido de su hábito y revestido de esplendores de luz, que levantándole á él tambien, al modo que en la otra vision referida le aconteció, le decia aquestas palabras: «*Está firme,*» y al punto desapareció, quedando él sentado en la cama y confirmado en su vocacion que tenia de la Compañía; y así desde entónces comenzó á hacer nuevas diligencias, yendo ya tan adelante en ellas, que le habian dado palabra de que seria admitido.

Estando una noche en su casa estudiando, se halló de repente lleno de pensamientos de duda y perplejidad sobre lo que habia de hacer, si quedarse en el siglo ó entrarse en religion. Fué el combate grande, acompañado de uno como desamparo del cielo y sequedad en el alma. En medio de ella le quiso mostrar la Santísima Virgen que de sus manos habia de recibir aquella singular merced, porque en esta perplejidad y variedad de pensamientos, se le ofreció á la memoria el dulcísimo nombre de María, que fué de tanta eficacia en su alma, que al punto se resolvió prorrumpiendo en estas palabras: «*Pues sólo por honra de mi Señora y Santísima Madre la Virgen María he de entrar en la Compañía.*» Y así, despues jamas sintió ni mínima tentacion en esta parte, merced que él confesaba haber recibido por el singular amparo de la Virgen.

Florece en este tiempo con fama de rara santidad en Mallorca el santo H. Alonso Rodriguez, á quien rogaba frecuentemente nuestro Diego, por medio de otro Hermano, le encomendase á Dios, y él lo hacia. Y cierto dia, diciéndole: «Aquel estudiantico pide que mi Hermano le encomiende á nuestro Señor, que desea hacer su voluntad.» Respondió el santo Hermano: «Dígame á este estudiantico, que no me olvido de encomendarle á Dios, ni me ol-

vidaré, y que si desea hacer la voluntad de Dios, que se haga religioso.»

Despues estaba enfermo el santo Hermano, y yendo á visitarlo Diego con otro compañero, que tambien le fué en la suerte de entrar en religion; ántes que ellos hablasen palabra, comenzó á decir el H. Alonso: «Llamados son para la Compañía, hagan gracias á Dios: ¡A cuántos deja Dios en el mundo, y saca á uno de acá y otro de acullá, y tráelos á este recogimiento! Sean obedientes, obediencia ciega; pero allá se la enseñarán los Superiores.»

Pidióle Diego y su compañero, que á las buenas nuevas que les daba, añadiese la de alcanzarles de nuestro Señor perseverancia, á lo cual respondió: «Pídansela á Dios, que Dios se la dará,» que parece que todos los principios y circunstancias de su entrada, fueron maravillosos y guiados con particular providencia por nuestro Señor.

Fué á visitar otro dia, habiendo ya convalecido el santo Hermano, y le dijo fuese devoto de la Virgen Santísima, y le rezase cada dia doce salves y doce Ave-Marías, para que le guardase de todo pecado, y le hiciese como ángel en la pureza y limpieza del alma: encomendóle la devocion á su Concepcion Inmaculada, y que la tuviese por único refugio en sus trabajos: consejo que tuvo siempre muy fijo en su corazon, con aquel entrañable afecto que en él se vió para con la Santísima Virgen, con quien tierna y amorosamente se regalaba, y á quien como á Madre en sus necesidades acudia.

Habida ya licencia del Padre Provincial, se embarcó en un bergantin para Barcelona; y, habiendo corrido riesgo de dar en manos de moros, que con dos fustas andaban bien cerca, reconoció que le ayudó nuestro Señor por las oraciones del H. Alonso, que aquel dia ofrecia por su buen viaje la comunión, como el dia ántes se lo habia prometido.

Llegó á Barcelona, donde se detuvo pocos dias; pasó á Tarragona, allí fué recibido á 6 de junio de 1615, vigilia de Pascua del Espíritu Santo, que con su fuego le encendió de nuevo en fervorosos deseos de servirle, siendo de edad de diez y siete años: tenia él notada la circunstancia del dia, diciendo que fué en sábado para honra de mi Señora la Santísima Virgen María.

Tendió las velas á su devocion en aquel santo recogimiento, donde su estudio era en adelantarse más en perfeccion.

Probóle aquí nuestro Señor con varias enfermedades, costumbre antigua suya, purificar el oro de sus escogidos en el crisol de las tribulaciones y trabajos. El que tenia por mayor era parecerle se ponía con ellos estorbo á los deseos, que siempre tuvo de pasar á las Indias; y así, quejándose el H. Diego amorosamente á nuestro Señor en la oracion de que no podría ser de provecho, ni emplearse en la conversion de la gentilidad que tanto deseaba, oyó que intelectualmente le decian: «*No me has de servir tú donde tú quieres,*

sino donde yo quiero,» con lo cual se le quitó de su alma todo género de pena y tristeza que las enfermedades le causaban.

Habiendo convallecido de ellas, fué á una peregrinacion donde procedió con particular ejemplo de modestia, afabilidad y blandura. Vuelto de ella cayó en otra enfermedad de tercianas dobles tan malignas, que á pocos lances, los médicos echaron de ver eran de peligro, y los de casa, teniendo pocas esperanzas de su vida, todo era darle avisos de su temprana muerte.

Habia estado algunos días con gran melancolía ocasionada del humor que predominaba; mas oyendo la nueva que le dieron de la gravedad del mal y riesgo en que estaba, fué tal la alegría y consuelo que recibió, que no le pudiendo ocultar dentro del corazon, salió afuera con tan grandes señales, que repararon en ellas el médico y los circunstantes, admirados del gozo de su corazon y júbilos del alma en nueva que tanta pena suele causar en otros.

Jamas en este tiempo se quejó, con ser los crecimientos grandes; no se le oyó palabra que mostrase enfado consigo mismo ó con otros, ni ménos conformidad con la voluntad de nuestro Señor.

Rezaba todos los días el rosario á la Santísima Virgen con su acostumbrada devocion, no dejándole por afligido y congojado que le tuviese la calentura: prueba bastante de su devocion en tan rigurosa enfermedad.

Su obediencia mostraba no sólo á los Superiores, sino tambien á los enfermeros, no rehusando ó resistiendo el tomar cualquier género de bebida ó comida que le diesen, por amarga que fuese, ó por más postrado que estuviese el apetito con tan molesto mal, que le duró espacio de dos meses. En el cual tiempo hacia el santo ángel con él oficio de solícito despertador por las mañanas, sintiéndole cómo en su pecho, con grande suavidad, pasaba de una parte á otra despertándole, para que alabase á nuestro Señor.

III

Vida perfectísima que hizo en la religion.

Tuvo en el noviciado casi continua oracion, porque no contentándose con la de las mañanas y tardes, andaba siempre en perpétua consideracion de su bajeza, grandeza de Dios y divinos beneficios, ó ya actuándose en la obediencia, ofreciéndose interiormente á Dios para cualquiera ocupacion, por baja y humilde que fuera, en que los Superiores le quisieran poner.

Ejercitábase en la consideracion de los pecados y lo que merecia por ellos, cuya meditacion engendraba en su pecho grandes afectos de humildad y pro-

piá desestima; de la del infierno y ultraje de los demonios á los condenados, se movía á padecer con regocijo y alegría cualquier trabajo ó pena de esta vida.

Enseñábale Dios mucho con el conocimiento de verdades, pensando cuál era mejor, el cumplimiento de su gusto ó el divino. ¿Cuál es mejor, decia, el gusto de Dios ó el mio? Claro está que el de Dios; tener salud, honra y estima en esta vida, ó que en él se cumpliese perfectamente la divina voluntad, con que se afervorizaba con grandes deseos de apartarse del mundo, y ponerse todo en las manos de Dios, derramando ante él su corazon.

Todo lo que veía le servía de despertador de aquestos deseos. Los árboles ya con su dureza, ya con la verdura de sus hojas, hermosura de sus flores, dulce y apacible variedad de sus frutos: la tierra, el agua, aves y peces, todos le servían de libro en que leía las divinas perfecciones, con que andaba siempre bien ocupado y sin cansancio, en perpétua presencia de nuestro Señor, que le servía para vencer las tentaciones, por graves que fuesen, en especial las de soberbia; y así sabía ya las armas con que defenderse de su contrario, que eran ponerse delante del Señor, como quien le pide ayuda, y luego la experimentaba de su mano, siendo este uno de los mayores dones que de las divinas había recibido á su parecer.

Dióle Dios una habitual devocion al Santísimo Sacramento, que como él decia, le tiraba el corazon con calor, y le abrasaba con la consideracion de tan alto misterio.

Dióle tambien grandes deseos de padecer martirio; y en la consideracion de los tormentos sufridos por Cristo, haciéndose presente á ellos y dedicándose á nuestro Señor, empleaba muchos ratos del día. Otros, considerándose como metido en el corazon de Cristo, que le encendía en su amor de suerte, que le parecia traer llamas en su pecho; y, así en la mesa como en otras ocupaciones, no perdiendo la atencion que ellas pedían, estaba continuamente levantando el corazon á Dios.

Y si tan bien ocupado traía el tiempo, no es mucho fuese cada día sintiendo en su alma nuevos favores de Dios; y todos en él admirando las singulares virtudes con que se dispuso para hacer los votos á 7 de junio de 1617.

El gusto que, por atarse con nuevas obligaciones á Dios aquel día, sentía su alma, se deja bien entender de lo mucho que lo había pretendido, viéndolo llegar á colmo sus deseos y perpetuarse en la casa de nuestro Señor.

Enviáronle luego al Seminario de Urgel, donde le comunicó el Señor tan abundante gracia, que parece no le dejaba descansar, ántes le espoleaba grandemente; porque en su corazon sentía que le decían estas palabras: «*Obra, obra, no tanto palabras, obra.*» Y era con tanta eficacia, que no podía sose-

gar, y así andaba siempre buscando cómo había de servir más á nuestro Señor.

Duró esto mucho tiempo, hasta que movido de aqueste impulso se fué al Superior, y le preguntó lo que había de hacer para buscar con perfeccion á Dios, no gastando el tiempo en palabras, sino echando mano á las obras, como se lo mandaban.

Respondióle su Superior que cumplierse exactamente sus reglas, que esto era lo que Dios quería de él, con lo cual quedó su alma llena de paz y serenidad, habiendo alcanzado á saber la voluntad de Dios, y cesaron sus antiguos desasosiegos y cuidados, poniendo todos los suyos en la puntual guarda y observancia de sus reglas, tan cabal y perfecta, que jamas le notaron faltase en alguna, ni el tiempo que fué estudiante habló palabra que no fuese latin con sus condiscipulos. Y habiendo de hablar con sus maestros ú otros Padres, averiguaba primero si con ellos tambien le obligaba la regla.

Su modestia era grande, sus palabras medidas y compuestas; no se le oyó respuesta desabrida, ni voz alta, ni mirar airado por ocasiones que le diesen, ántes de ahí las tomaba él de mayores aumentos en virtud y de encomendar á Dios con más cuidado á los que se las daban. Y así si alguno le decia palabra pesada ó se burlaba de él, tomaba por su injuriador la primera disciplina.

Verificóse esto á los últimos dias de su vida, en que dijo tenia ofrecidas á nuestro Señor todas sus obras por cierta persona que le mortificó en lo vivo. Esta era la paga de los que él tenia por beneficios.

Proseguia su seminario en el colegio de Urgel, donde á la sazón estaba un Hermano muy ejemplar, dado á la oracion y penitencia, á los trabajos y penalidades por amor de Dios, el cual siempre que veia al H. Diego, solia decir que se alegraba con su corazon, porque le daba á entender nuestro Señor que se habian de ver juntos en la gloria.

Escribió en este tiempo una carta á su padre, avisándole cómo lo era ya de cumplir lo que en los pasados le había prometido, que era hacer una confesion general, con que se dispusiese para morir. Diéronle la carta, habiendo adolecido de la enfermedad última; abrióla, y reconociendo cuya era, bañado en lágrimas dijo: «Esta será la postrera que de mi hijo recibiré,» y así hizo luego confesion general por espacio de tres dias; y pidiendo tinta y pluma para responderle, viéndole sus hijos tan debilitado, le rogaron dijese lo que queria, que ellos lo escribirían. Mandóles escribir que él moria confiado en sus oraciones, y cierto de que rogaria á nuestro Señor por él. El dia siguiente, que fué á veinte y ocho de febrero, que fué el primero de Cuaresma, murió con grande paz de su alma, habiendo ántes exhortado á sus hijos y circuns-

tantes á toda virtud, y á que fuesen devotos de nuestra Señora, rezándola su oracion cada dia, y casi al mismo tiempo comulgó por él el H. Diego, por si estaba difunto.

Acabado su seminario, le enviaron al colegio de Gandía á estudiar artes, donde con los estudios de filosofia no se olvidó de los de la perfeccion, ántes como ya iba creciendo en edad y estado, iba teniendo mayores medras en la virtud, y experimentando al mismo paso nuevos favores con que el Señor le regalaba. Porque habiéndole llevado el Superior de allí por compañero suyo á Alicante, llegando la fiesta de S. Miguel Arcángel, le pidió licencia para comulgar; negósele por ser sábado aquel dia, y haberlo de hacer el siguiente. Sujetó sus deseos á la obediencia, pero pagósele Dios de contado, porque habiendo oido Misa, se puso despues de ella á dar gracias, como si hubiera comulgado, y desde aquel dia sintió á Su Majestad muy propicio en los años siguientes en la festividad del glorioso Arcángel, recibiendo siempre algun singular favor por intercesion suya, á quien él mostró el agradecimiento que pudo, teniendo desde entónces dos horas de oracion por la mañana, ganando una de tiempo á los demas en levantarse, para tenerla más quieto y reposado descansando con su Dios.

Poco despues de esto, el dia del seráfico P. S. Francisco, deseó comulgar tambien, y acordándose de la licencia negada, pidiósele á nuestro Señor, que le debió de enseñar, como verdadero dechado de obediencia hasta la Cruz, mostrase él la suya y se llegase al Superior; hizolo así, alcanzó el beneplácito y el fin de su devota pretension, siéndole respondido que habia gran rato que habia sentido deseo de darle licencia, y que deseaba se la pidiese, con que entrambos quedaron consolados con el cumplimiento de sus deseos.

Estando aquí en Gandía, le dió nuestro Señor grandes ánsias de padecer trabajos y muerte rigurosísima por su amor, y dejó él mismo el medio por donde le dió Dios nuestro Señor facilidad en mortificarse en todo, por estas palabras: «Algun tiempo fuí detrás de alcanzar poder sufrir un mosquito, tuve mucha dificultad; pero despues con un acto que hice sufriendo á uno, y ofreciéndome á Dios nuestro Señor para padecer todos los dolores y enfermedades, y todas las penas, tristezas y tribulaciones, hambre, frio, sed y los demas tormentos de este mundo, y el mismo purgatorio con las penas todas del infierno, cuantas padecen y habrán de padecer los que se condenan, y doblado por toda la eternidad, con tal que todas las almas se salven, ó á lo ménos una, ó sólo que yo pudiese impedir un pecado venial; porque más estimo su gusto y alabanza, que todo mi sér y mi gloria y que mi alma; y más que todos los dones que Su Majestad me puede dar, fuera de Su Ma-